

## NECESIDAD DE UNA DIKELOGIA PARA UNA NUEVA ERA

MIGUEL ÁNGEL CIURO CALDANI \*

**Resumen:** Se consideran los desafíos de la nueva era desde el punto de vista de la justicia y se destaca la importancia de la filosofía respecto de dicho valor.

**Palabras clave:** Justicia - Dikelogía - Utilidad - Nueva era - Filosofía de la justicia - Werner Goldschmidt.

**Abstract:** The challenges of the new era are considered from the standpoint of justice and the importance of philosophy of that value is emphasized.

**Key words:** Justice - Dikelogy - Utility - New era - Philosophy of Justice - Werner Goldschmidt.

Bueno, nuevamente buenas noches, muchísimas gracias por estar aquí, es obvio que la justicia es circunstanciada y es justo y es obvio que yo no pueda disponer de un tiempo prolongado porque están ustedes muy cansados y además muy desafiados por muchas preguntas que en algún momento hay que resolver o comenzar a resolver. De todos modos ya que está proyectado voy a intentar hacer algo, aunque sea como homenaje a las exposiciones tan brillantes que hemos escuchado.

En realidad yo creo que entre las exposiciones que terminamos de escuchar y lo que yo voy a decir hay una diferencia importante de perspectivas dikelógicas. La doctora María Isolina Dabove se ha centrado en el problema del valor y el doctor Juan José Bentolila se ha centrado en el problema de la valoración, o sea se ha referido más al problema de la valoración, remitiéndose a una perspectiva que es sumamente importante para la dikelogía, que es la dikelogía judicial. Obviamente yo creo que la dikelogía tiene infinitas posibilidades, y en ese sentido comparto mucho de lo que el doctor Bentolila ha dicho como dikelogía judicial. Pero no es lo mismo, por ejemplo, si uno toma el tema que a mí me toca desarrollar, que no es siquiera la dikelogía en

---

\* Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario. Ex investigador principal del CONICET.

el presente, sino la dikelogía en el porvenir, la necesidad de una dikelogía para el futuro. Es aquí donde veo un enorme desafío.

Creo que estamos ante un cambio de era, lo he dicho muchas veces. No sólo un cambio de edad, sino de era de la historia. Nunca hubo un cambio tan grande en toda la evolución diríamos “antropocéntrica” del hombre. Obviamente, el cristianismo cree que hubo una enorme revolución y un cambio de era con la redención, cosa que me parece muy respetable, pero no es aquello de lo que yo voy a hablar. Voy a referirme a un cambio de era humana, de que parece que la humanidad se enfrenta con un porvenir desafiante como nunca, como ninguna especie que recordemos, que sepamos, ha tenido que afrontar. Por esto hablo de un cambio de era y no de un mero cambio de edad de la historia.

Uno puede señalar algunos datos revolucionarios, pero yo voy a reservar lo que para mí es la verdadera, la enorme revolución, a las posibilidades de la genética humana. Es obvio que hay una revolución en la información. Cuando yo era niño estaba muy contento con mi Diccionario Enciclopédico Hispano Americano, que tenía 28 tomos; entonces casi aprendí a leer con mi enciclopedia que me facilitaba mi padre y me decía a mí mismo: ¡Cuántas cosas hay en mi enciclopedia! Hoy en día mi enciclopedia, ahora mi pobre enciclopedia, es un vestigio del pasado, primero porque ha sido volcada en parte en internet y en segundo lugar porque en internet hay millones de informaciones que superan cualquier enciclopedia tradicional. Millones y millones de datos, no se puede contar todo lo que hay allí. Se trata de la notoria revolución en la información.

Otra revolución es de las comunicaciones. Cuando yo era niño una cosa muy sorprendente era el teléfono. Recuerdo que mi madre hablaba con su hermana por teléfono todos los días, una vez por día y eran personas que se frecuentaban mucho. Hoy en día el correo electrónico, permite una revolución de posible comunicación permanente que mi madre murió sin imaginar, en el año 1974.

Las fuerzas y las relaciones de producción, diría mi viejo amigo Carlos Marx, han revolucionado el mundo, han promovido la globalización gigantesca. ¿Se dan cuenta ustedes que las olimpiadas termina de hacerlas China? ¡Qué cosa extraordinaria! La globalización, el desarrollo de las vinculaciones comerciales de una nueva relación económica y social hacen que algo que es tan entrañable a la cultura occidental como son las olimpiadas ahora tomen otro mensaje; uno se pregunta si fue un mensaje humanista o una manera de

insertar a China en el nuevo mundo de las relaciones comerciales, de las relaciones financieras. No lo sé. Lo sorprendente es que las olimpiadas se hicieron allá en Pekín o Beijing, con una adhesión profunda a algo que era muy distinto de mi vieja cultura griega; pero eso es globalización. Es más, veíamos directamente lo que estaba pasando en China; en una China que en profundidad no entiende nada de la tradición griega.

Y esa globalización, sin embargo, genera además una enorme marginación, gente que vive a pocos metros pertenece a mundos diferentes. Un gran desafío. Y a su vez los estados intentan reaccionar contra la globalización y la marginación, entiéndase los casos de Rusia actualmente, de Venezuela, de Bolivia o de la propia Argentina, con distintos grados de justificación, sobre todo para quienes somos herederos de la cultura eurocéntrica. Todo esto es una enorme transformación, pero es todavía un cambio de edad. A mi juicio el cambio de era está, como he dicho, en las posibilidades genéticas aplicadas al ser humano.

Esto lleva a que si no ocurre alguna catástrofe el ser humano será seguramente programado en alguna medida muy importante, no sé cual, y para orientarnos en esto está la Dikelogía. Hombres que estarán libres de las predisposiciones a enfermedades muy graves, terribles, que todavía tenemos; hombres que serán mucho más inteligentes o tal vez mucho más tontos para que sirvan en tareas inferiores, hombres que quizás sean hechos conforme el mercado lo reclame. Pregunto: ¿hombres?

Esta es la revolución más grande que sucedió nunca, un mundo que se nos presenta como inevitable en gran medida y al cual debemos responder. ¿Qué vamos a hacer con este mundo misterioso que se nos plantea? Es un gran interrogante, una enorme pregunta. Las posibilidades son inmensas. Siempre la posibilidad fue enorme para el hombre y el hombre la aprehendió de manera recortada, por eso hemos tenido alguna certeza. De lo posible siempre hemos sabido algunas cosas, y con ellas hemos tomado algunas decisiones

Utilizando la categoría pantonomía, que empleaba para la justicia don Werner Goldschmidt, podemos decir que la posibilidad es pantónoma y la pantonomía ha de ser fraccionada. El fraccionamiento produce certeza. También es pantónoma y requiere fraccionamientos la finalidad que creemos encontrar en los acontecimientos. No sabemos si está en ellos, pero para nosotros lo está: pensamos en la finalidad “objetiva”. ¿Qué sentido tienen los acontecimientos? ¿Será este el comienzo de un mundo feliz, o el de la

extinción de la especie e incluso de la vida humana? ¿Cuál es el sentido último de lo que estamos viviendo? Aunque la sabia “naturaleza humana”, entre comillas, hace que la mayoría de la gente no lo piense, porque si lo pensara se espantaría... Ignoramos lo que no podemos captar, pero está allí. Está allí el hombre nuevo, el que no va a tener predisposición al cáncer ni al Alzheimer, ni al síncope cardíaco ni a la diabetes, el que tendrá un coeficiente intelectual de 160 o de 80, el que será hecho según los padres benévolamente lo encarguen según ideales que creemos superiores o porque tiene que ser empleable.

El capitalismo, aquel que denunciaron mis amigos Marx y Engels, puede convertir el mundo en mercancía, y la última mercancía, aquella que no se podía imaginar en el siglo XIX, es el patrimonio genético de los seres humanos.

Un mundo que tenemos que conjeturar, un mundo que no podemos precisar; estamos condenados a conjeturar y proyectar, estamos condenados a tomar decisiones en condiciones de enorme incertidumbre. ¿Debemos prohibir todo? ¿Debemos permitir todo? ¿Cuál es el camino? Y esto es lo que la doctora Dabove planteaba, ¿qué es lo que debemos hacer? ¿Cómo orientarnos en un mundo tan desconcertante? Si no estamos tan desconcertados, me parece a mí, es porque no queremos tomar conciencia de lo que va a pasar.

Me parece que es imprescindible, como dice la doctora Dabove, el recurso a los valores. ¿Cuáles valores? ¡Grandes preguntas! Hay un valor que está consagrado con carácter supremo en el sistema capitalista y que posiblemente encauce nuestras decisiones, que es la utilidad. El sistema lleva en sí, la relación medio-fin. Posiblemente hagamos todo lo que viabilice nuestra satisfacción. No creo que sea perverso que atendamos a la utilidad, el hombre actual es un hombre utilitario y en parte nos satisface, pero ¿será la utilidad “el” valor o “un” valor?

Y ahí a mí me parece que es donde aparece otra vez la grandeza de planteos como el de Goldschmidt. Para mi preferencia, la utilidad es “un” valor pero no “el” valor. Rescato la idea de justicia. En realidad no sé bien lo que considero justicia, pero sé que no es lo mismo que utilidad, por lo menos para mí; de esto estoy bastante convencido. Reitero, pienso que una cosa es la utilidad y otra la justicia. Una cosa es el mercado y la economía y otra los derechos humanos y la democracia. Un enorme desafío es el saber qué entenderemos por utilidad, qué entenderemos por justicia, y aquí me parece que aparece otro valor que puede seducir o espantar a los seres humanos y que

Goldschmidt afortunadamente exorcizó demostrando que no es valor, que es la seguridad.

Es posible que si los seres humanos se asustan quieran asegurarse prohibiendo todo. Prohibiendo el porvenir, con lo cual sin darse cuenta estarán, si lo logran, deshumanizándose. Porque el ser humano, a mi juicio, es un ser “futurizo”, es un ser que siempre tuvo el coraje de asumir nuevos mundos. Si yo tuviera que hablar del hombre y elegir cómo lo pienso, una de las cosas que diría es que es un ser que pudo desafiar lo que vendrá, que pudo un día salir de las cuevas y de los árboles sin saber qué le iba a pasar, que pudo un día controlar el fuego y que pudo evitar, no sabemos cómo, que los seres anteriores a él en algún tipo evolutivo, si es que admitimos la evolución, lo prohibieran. La seguridad de los “monos” entre comillas, hubiera significado que los hombres nunca existiéramos.

El hombre es un ser futurizo, pero ¿con referencia a qué futuro? Yo le temo a la conversión de la seguridad en un valor en sí mismo, la seguridad es para asegurar algo y la seguridad es para asegurar, por ejemplo la justicia, o si quieren la utilidad. Pero cuando me hablan de seguridad, pese a que comprendo que la gente tiene miedo, les digo siempre ¿seguridad de qué? ¿seguridad para quién?

Tenemos un gran problema y un valor posible, la humanidad. Para nuestras construcciones valorativas ¿es la humanidad un valor? ¿es el hecho de que el hombre exista algo valioso? Hace años yo he afirmado que sí y todavía –quizás para no escandalizar a mi querida amiga la doctora Alicia Perugini– terminaría admitiendo que sí, pero tampoco sé muy bien adónde tengo que ir. Es un cambio enorme que desconcierta.

Y luego claro, aparecen muchos planteos que nos ponen en crisis. El cambio histórico nos lleva por ejemplo a comparar lo incomparable. ¿Se puede comparar el presente con el porvenir o el porvenir que viene es sustancialmente diferente del presente y no son comparables? ¿Si son comparables, que criterio hay que usar? Por ejemplo: algunos usan el reiteradamente referido valor utilidad. ¿Es comparable el presente con el porvenir o el porvenir es tan ignoto que no lo podemos comparar con nada? Pero si no lo podemos comparar con nada, perdemos gran parte de nuestra capacidad de razonamiento, de decisión. El presente da fórmulas de justicia. ¿Debemos multiplicar las formas de justicia del presente como formas de justicia relativas del porvenir o no sabemos realmente si son comparables? ¿Son comparables los hombres de hoy con los desafíos de hoy, con los hombres del mañana, si no sabemos

como van a ser los hombres del mañana? Me parece un reto enorme.

Cuando era joven, de esto hace muchos años, ustedes saben, era Papa Pablo VI. Yo amaba a Pablo VI, entonces era cristiano y amaba a Pablo VI, el último Papa que amé. Él emitió una encíclica que se llama "Populorum Progressio" y yo me dije ¿qué es el progreso? Pensé que hay dos clases de justicia. La de partida, que proyecta el hoy o la partida al porvenir, y la de llegada, que proyecta el objetivo, sacrificando el presente. Por ejemplo, el Derecho de la Educación es casi siempre un derecho de llegada; por esto, como hoy decía muy bien el doctor Mariano Morelli, no se puede castigar a un alumno como a cualquier otra persona; la educación es una justicia de llegada. En cambio, claro, para muchos el Derecho Penal es dominado por la justicia de partida. Pero ¿cuál es la llegada?

¿Vamos a proyectar nuestras ideas de justicia a un mundo que no conocemos? ¿O vamos a pensar en un mundo que no conocemos y abrir caminos a ese mundo que no conocemos incluso sacrificando el presente? ¿Cómo vamos a reaccionar? Creo que, heredero de la cultura occidental y moderna, yo soy un hombre futurizo, muy futurizo y optimista, más optimista que la relativamente neutra postmodernidad y por eso me inclino por la justicia de llegada. Pero si ustedes me preguntaran cuál es la llegada, realmente no sabría muy bien cuál es; simplemente es una actitud ante el mundo. Soy optimista. Soy optimista con un optimismo que viene en gran medida de las raíces de Occidente. En gran parte de su historia, Occidente ha sido optimista y yo soy optimista. Y creo que ese optimismo me lo transmitió en gran parte Goldschmidt.

Goldschmidt era un hombre de mente abierta. Yo creo que en lo profundo hubiera estado de acuerdo con abrir caminos a la vida nueva, aunque no sabemos bien qué cosa es; pero también era un hombre profundamente creyente y no sé si la fórmula catolicismo y optimismo hubiera dado mi respuesta. Creo que en el catolicismo el optimismo que sostengo no está. El cristianismo en que yo en su momento creí era el de Pierre Teilhard de Chardin, un hombre casi hereje, que yo amé mucho. Y Teilhard era un hombre profundamente optimista. Entonces creí en la creación permanente. Dios hace al hombre a través de la coparticipación creadora del hombre; pero es que no sabemos a dónde vamos y volvemos a nuestro tema, la justicia de llegada y donde está la llegada.

Claro, comprendo plenamente el problema de las valoraciones, vivimos una época de crisis de las valoraciones y de los criterios orientadores y hay

que valorar. Pero el problema está en que al caerse los criterios, se pueden caer las valoraciones, cosa que no me molesta, es más, se puede caer el valor. ¿Hay un valor justicia distinto del valor utilidad que nosotros estamos dispuestos a sostener? ¿O la crisis de los criterios de justicia arrastra la crisis de la valencia del valor justicia? Hay algo que le diríamos a un utilitario: señor, es que yo voy a hacer el planteo desde otra raíz que no sé bien cuál es, entiendo que es el valor justicia y no voy a remitirme a la valencia de la utilidad sino que me voy a referir a la valencia de la justicia, aunque no sé bien qué es ni sé cómo voy a resultar aplicándola. Hay una cosa que a mí no me cierra, a lo mejor a otros sí. Es el excluyente papel de la utilidad, y me parece que algo hay que afirmar al respecto. Este es a mi entender el mensaje grande de Goldschmidt, el haber dicho con energía que hay un valor de gran importancia que es la justicia.

Cuando se organizaron estas Jornadas vinieron los doctores Elian Pregno y Roberto Campos y me dijeron hay que hacer una jornada por los 50 años de la Dikelogía. Yo les contesté que era una cosa muy complicada y ellos me respondieron que fue el hombre que se animó en la Argentina más claramente a decir que el Derecho tenía que ver con la justicia.

No sabemos bien qué es la justicia. Según mi punto de vista sabemos, de todos modos, que hay algo que nos conviene, que nos interesa, que es importante pensar como justicia que no es la utilidad. Y en ese algo nos va mucho. Por eso no quiero que se caiga la valencia de la justicia, valen las valoraciones, valen los criterios, pero también vale el hecho de que pensemos que hay una línea de pensamiento que no es utilitaria y que es el pensamiento de la justicia. A mí me parece, como una construcción mía que les propongo. Muchos de ustedes suelen aceptarla.

Entonces, claro, ahora vuelvo a decir que la seguridad está en su lugar, como fraccionamiento de la justicia. Es mi pobre posibilidad de decirles: no acepten la seguridad como un valor. Mucho menos como un valor comparable a la justicia. No es humano, conforme construyo lo humano, no me parece humana, la seguridad como valor. Para mí, siguiendo lo que me transmitió ese gran maestro de la justicia, es simplemente el resultado de un fraccionamiento, simplemente el resultado de un recorte, pero más allá también hay justicia. Una justicia que vamos recortando según lo que podemos saber y hacer. Una justicia que debemos desfraccionar en la mayor medida posible.

Este problema pone en colapso muchas cosas. Pone en colapso la misma idea aristotélico-goldschmidtiana de reparto, porque más allá de la

conducta se evidencia en mayor medida una gran marea de distribuciones. Pone en colapso a la autonomía, porque ésta debe incluir a los hombres del porvenir y es necesaria una categoría que Goldschmidt no pensó y me parece muy importante: la criptoautonomía, o sea la autonomía oculta que brindaría el consenso de las personas que son y serán beneficiarias y no lo saben y no conocemos. Es más, los hombres del porvenir son beneficiarios criptoautónomos, pero ¿criptoautónomos de qué? Nosotros no sabemos lo que ellos querrían, al menos casi no lo podemos saber; estamos en una enorme conjetura.

¿Qué querrían los hombres del año tres mil cuyo patrimonio genético podría ser cambiado? No lo sabemos. No sabemos si querrían ser unos Beethoven y otros Dalí o Picasso o Leonardo o quisieran ser más equilibrados. No sabemos lo que querrían ser y sin embargo tenemos que tomar decisiones que los hagan ser lo que imaginamos que querrían ser. Al menos preguntémonos qué es lo que ellos querrían. No es autonomía, es una criptoautonomía muy tenue, pero me parece importante. Reitero, una cuestión que me resulta muy angustiante: ¿qué “quieren” los hombres del porvenir que nosotros hagamos?

Está en crisis la autonomía pero también está en crisis la aristocracia. ¿Qué saben los científicos y los tecnócratas de lo que va a venir? Hacen pruebas. Hay que hacerlas, pero ¿quién sabe lo que resultará? ¿Alguien tiene aristocracia genética, es decir sobre genes, como para poder controlar lo que va a venir? Se deslegitiman los repartos y no estamos más que obligados a repartir; estamos obligados a producir repartos cuya legitimación pone en crisis nuestros criterios de legitimación actuales, porque difícilmente podamos decir que son autónomos; difícilmente podamos decir, obviamente, que son democráticos, porque los seres futuros no votan; incluso difícilmente podamos decir que son criptoautónomos; difícilmente podemos decir que son aristocráticos ¡y sin embargo tenemos que decidir!

Aquí aparece también otro gran problema planteado por Goldschmidt, el de la responsabilidad. ¡Somos responsables por una especie, y casi no sabemos cómo tomar las decisiones!

Luego claro, se nos presenta el humanismo. ¿Haremos a los hombres del porvenir a nuestra imagen y semejanza, para que nosotros seamos los fines? ¿Ellos serán nuestros fines y sacrificaremos a los hombres actuales para fines de otros hombres? ¿Encontraremos fines equilibrados? ¿El fin somos nosotros y ellos son medios? ¿El fin son ellos y nosotros somos medios? ¿Podemos orientarnos a un equilibrio entre unos y otros? ¿Qué equilibrio?



Hay que proteger al hombre. ¿A qué hombre? ¿Al de ahora, al de después, tal vez al de ayer? ¿Quién tiene que definir al hombre? Aplicando la teoría de las respuestas culturales, ¿es el pasado el que define al porvenir? ¿el porvenir el que define al pasado? ¿debe prepararse una calificación “autárquica”? Bueno, enormes problemas.

Si alguien fuera existencialista diría, no sin cierta razón, que estoy señalando el problema de la angustia. Y Goldschmidt alguna vez fue casi existencialista. El problema de la angustia, un maravilloso problema.

Hace mucho tiempo alguien, cuando le preguntaron si era sabio, dijo que era filósofo, dijo que amaba la sabiduría, el saber que no se tiene. Las posibilidades del saber y del hacer son ahora más visiblemente infinitas que nunca. Sabemos en gran medida que no sabemos. Hace 2400 años el filósofo que yo más amo dijo que sabía que no sabía, y tanto amó la pregunta que dio la vida por ella. Yo creo que eso es profundamente “humano”.

En nuestra exposición hemos hablado de la Dikelogía, nombre de la Ciencia de la Justicia, pero hemos mostrado a dos Goldschmidt dikelógicos. Uno es el Goldschmidt de la Ciencia de la Justicia, otro para mí es el Goldschmidt filósofo. El Goldschmidt que más que construir una ciencia de justicia fue un hombre de mente abierta. No tengo duda de que la ciencia de la justicia es sumamente importante, es un enorme aporte, pero también lo es la filosofía de la justicia. Cuando Goldschmidt producía sus obras de adultez, escribió un pequeño estudio que yo les refiero siempre, donde se orienta como filósofo por el planteo “et-et” y no por “aut-aut”. La mente abierta. A mí me parece que ante un desafío tan grande como es el de la nueva era, vale mucho el Goldschmidt científico, pero por sobre todas las cosas, como yo lo veo, como vive en mí, vale el Goldschmidt filósofo de la justicia.

Gracias.